

**E**l pequeño J. M. tiene nueve años. Su inteligencia es normal, pero su médico le califica, sin embargo, de «hiperactivo, agresivo, combativo, explosivo, destructor y sádico». Para modificar su comportamiento y volverle más maleable, ese médico, el doctor Orlando J. Andy, director del Departamento de Neurocirugía de la Universidad de Mississippi, lo somete a una operación. Realiza varias perforaciones en su cráneo, introduce electrodos en el cerebro y coagula ambos lados del tálamo, centro regulador de las emociones. Nueve meses más tarde, la operación se repite en un lado del tálamo solamente. El doctor Andy observa entonces una «sensible mejora» en el comportamiento de J. M., que puede ingresar en una «escuela de educación especial».

Un año después reaparecen, sin embargo, los síntomas, y J. M. es sometido a una nueva operación, esta vez en el fórnix, otro centro regulador de las emociones. El doctor Andy constata entonces «una alteración en la memoria de los acontecimientos recientes» vividos por el niño, al que describe como «mucho más irritable, negativo y combativo». Entonces se efectúan nuevas operaciones en el tálamo. Por fin, el doctor Andy puede mostrarse satisfecho: «El paciente ha conseguido reajustarse a su entorno», escribe en «Confinia Neurológica», aunque concluye: «Intelectualmente, no obstante, el paciente empeora».

Estos hechos casi increíbles ocurren en 1970. Los menciona el doctor Peter Breggin, el psiquiatra de Washington iniciador de la campaña contra lo que él mismo ha calificado de «retorno de los "rajadores" de cerebros».

Con otras palabras, el retorno de la «psicocirugía», y, en particular, de la lobotomía, esa lobotomía que se consideraba muerta, desacreditada por sus propios excesos y los resultados a menudo catastróficos obtenidos con unos 50.000 pacientes solamente en los Estados Unidos entre 1936 y mediados de los años 50. Cincuenta mil víctimas, podríamos decir, en quienes se había destruido, prácticamente a ciegas, porciones más o menos importantes de los lóbulos centrales del cerebro, por culpa de lo cual habían quedado en muchos reducidos al estado de «vegetales» humanos.

Para el doctor Breggin, semejante práctica tenía una eficacia semejante al «hecho de disparar una bala de revólver a través del capot de un automóvil para reparar una avería del motor». La lobotomía fue suplantada finalmente por el empleo de los tranquilizantes, pero como la eficacia de éstos tiene, a pesar de todo, ciertos límites, desde hace algún tiempo venimos asistiendo a la aparición de técnicas aparentemente más sutiles que las de antaño: inyección de butano líquido en el cerebro, inyección de la propia sangre del paciente, ultrasonidos, cauterización eléctrica,



## LOS MECANICOS DEL CEREBRO

implantación de electrodos hasta que el cirujano «oiga escapar del cerebro burbujas de vapor», agujas de oro insertas en el cerebro durante meses y por las que se hacen pasar corrientes eléctricas, implantación de elementos radiactivos, radiaciones procedentes de un ciclotrón de 185 millones de voltios...

Desde 1970, parece ser que se han venido practicando anualmente en los Estados Unidos entre 400 y 600 intervenciones. Los pacientes han sido en parte criminales, pero también algunas mujeres y niños cuyo comportamiento los médicos habían considerado como anormal. En 1970, 100 «psicocirujanos» se reunieron en Copenhague para crear la Sociedad Internacional de Psicocirugía. Esta sociedad eligió como presidente honorario a uno de los padres de la lobotomía, el neurocirujano Walter Freeman, cuya obra, «Neurocirugía», publicada en 1942, constituye la Biblia de esta «ciencia», y está basada en la experiencia de 4.000 lobotomías efectuadas por el autor. En ese libro figura, entre otros, el caso siguiente:

«Rufus, veinte años. Se confiesa capaz de comprender los pensamientos de los poetas, incluso los más oscuros, mientras que, según él, las demás personas ni los aprecian ni apenas los comprenden. Le hubiera gustado escribir versos, pero nunca ha empujado una pluma. Se considera una especie de místico y cree que su problema reside en las glándulas suprarrenales». Tan grave diagnóstico sólo puede acarrear una lobotomía, des-

pues de cuya realización «Rufus se mostró capaz de discutir de modo más coherente de su actitud presente y de sus perspectivas futuras, pero la posibilidad de un buen ajuste profesional siguió estando lejana a causa de su inercia y de su resentimiento hacia la actitud dominante del padre. Sin embargo —concluyen los autores—, las fantasías a las que tan adicto se había mostrado antes de la operación fueron totalmente erradicadas; Rufus dejó de interesarse por la poesía o por la ciencia».

En los Estados Unidos, la actividad de los «psicocirujanos» modernos ha sido financiada, en parte, no sólo por el Instituto Nacional de la Salud Mental, sino también por el Ministerio de Justicia. Uno de los beneficiarios de esas subvenciones estatales es el doctor Frank Ervin, psiquiatra del Massachusetts General Hospital, quien ha propuesto, en una obra titulada «La violencia y el cerebro», la puesta a punto y aplicación de un «sistema de alarma precoz», destinado a detectar a los individuos capaces de rebasar «un nivel aceptable de violencia», es decir, que no poseen «el mínimo de autocontrol necesario para reprimir el deseo de llevar a cabo ataques físicos contra personas o de destruir propiedades». «Esta definición —según sus autores— debería igualmente aplicarse a las autoridades civiles o policíacas, así como a los grupos políticos activistas (estudiantes, minorías raciales)». Todos los individuos que no tuviesen ese mínimo de autocontrol, deberían ser sometidos a ope-

raciones del cerebro. Los negros se verían muy especialmente afectados por tales medidas. Según la revista americana «Ebony», el propio doctor Andy opina que los individuos implicados en actos violentos, como son los disturbios raciales, «podrían muy bien tener cerebros anormales, patológicos, por lo que deberían ser sometidos a ciertos "tests"». Los inestables y explosivos deberían ser operados, porque la sociedad exige una corrección o un control apropiado».

Recientemente, sin embargo, la psicocirugía ha perdido una importante batalla con motivo de un proceso desarrollado en Detroit. Louis Smith, de treinta y seis años de edad, llevaba ya dieciocho en prisión, acusado de homicidio y violación, cuando le hicieron, el año pasado exactamente, una propuesta difícil de rechazar. Se le sometería a una operación experimental en el cerebro que, de tener éxito, reduciría su agresividad y le permitiría recobrar su libertad. Sería el primer paciente en participar como cobayo en una investigación financiada por el Estado de Michigan y destinada a comparar los efectos de la cirugía cerebral con los de un agente químico, el acetato de ciproterano.

Pero antes de que pudiese tener lugar la operación en cuestión, un abogado defensor de los derechos civiles, llamado Gabe Kaimowickz, entabló un proceso. Inmediatamente, el Estado de Michigan retiró su subvención, y el proyecto se fue a pique. A pesar de ello, el Tribunal decretó que «una persona internada contra su propia voluntad en una institución psiquiátrica no se halla capacitado para consentir libre y voluntariamente a una intervención psicocirúrgica»; además, «la actual falta de conocimientos relativos a las funciones cerebrales y a los efectos de la psicocirugía, hacen literalmente imposible un consentimiento informado al tratamiento en cuestión». El Tribunal decretó al mismo tiempo la liberación de Louis Smith, cuya detención se había juzgado como inconstitucional, que no había manifestado durante años ningún síntoma de violencia y que no representaba peligro alguno para la sociedad.

Este juicio del Tribunal de Detroit tiene como consecuencia inmediata la prohibición de toda intervención quirúrgica en cualquier individuo recluido en una institución psiquiátrica del Estado de Michigan. Pero está claro que sus efectos se dejarán sentir más allá de las fronteras de dicho Estado. Ya se ha presentado al Congreso norteamericano un proyecto de ley tendente a prohibir durante dos años toda actividad psicocirúrgica, en espera de que aumenten los conocimientos relacionados con este campo.

El pronunciamiento del Tribunal de Detroit tiene seguramente aún mayor alcance: es la primera vez que un Tribunal señala a los científicos un umbral que no deben franquear en sus experimentos. ■ CHARLES SCHREIDER.